

Lobo Lasso de la Vega: Poeta de Hernán Cortés

(En el *Rep. Amer.*)

Carecemos de investigaciones de consistencia sobre Gabriel Lobo Lasso de la Vega — el hombre, su personalidad literaria. Parcialmente algo se ha escrito sobre nuestro autor (1); cumulativamente, nada en absoluto. De intento directo, serio, sólo llega a nosotros la contribución de don Miguel Artigas: *Lobo Lasso de la Vega*, en *Revista Crítica Hispanoamericana* (Año III, 1917, t. III, N° 4, pp. 157-166). Agrúpanse en este artículo, notas, en grado limitado, apuntes aditivos y aprovechables para quien se proponga elaborar detenidamente sobre Lobo. A Lasso van hoy encaminados nuestros fines. Juzgamos de ingratitud literaria el que yazga postergado al olvido, quien fué, entre los cantores de las empresas cortesianas, el menos malo y el versificador de más talento, estéticamente muy superior a la pedestre e intolerable musa de Terrazas en su *Peregrino Indiano*, Escóiquiz y su pésima *México Conquistada*, o la gongorina *Hernandía* de Ruiz de León. Nos proponemos: conjuntar la poca documentación que sobre Lobo existe, selectivamente, en un todo inconcluso, puesto que supeditamos nuestros empeños a esclarecimientos de futuras investigaciones.

Hemos dado contra una insuficiencia extremada de pormenores deseables para formular la historia de nuestro autor, en manera, si no exacta, por lo menos comprensiva. Empero, hemos llegado a las siguientes conclusivas: Fecha de nacimiento — insegura; lugar — Madrid; prosapia — laberíntica, ya que los propios testimonios y los de sus contemporáneos poco fijan; medio de acción — un tanto satisfactorio en materia, y, aventuramos, de todo punto interesante por aquella queja suya que versa:

*No con tan flaco y destemplado aliento
Podría explicar las noches congojoxas,
Los días de asperísimo tormento
Que pase por mi mal y horas llorosas* (2).

confraternidad intelectual — tóvula con Ercilla, con el doctor Alonso López, llamado El

Existe en él un devorador sufrimiento por la muerte física. Su obsesión son los ataúdes. Los lleva en la palabra, en los sueños, en sus relatos, y los ve bambolearse en los puertos cuando la mar se enluta entre reflejos de farolas.

Todo ser atormentado le tiene pavor a los ataúdes. El ataúd es el lecho eterno en que nos quedaremos acostados sin poder ver más las cosas de aquí; sin poder hablar, sin poder gritar. En él se pudrirán nuestros labios, nuestros ojos, nuestro sexo. Cuando esto suceda, es verdad, no tendremos conciencia de ello. Pero lo terrible es que ahora, cuando estamos vivos, sabemos que eso habrá de suceder.

¿Acaso es malsano hablar de esto? ¿Pero quién nos prohíbe pensar en este horror? Lo importante es poder evadirse de tan espantosa verdad. Para lograrlo es necesario vivir lo más intensamente posible, como lo hace Enrique Labrador Ruiz, el perseguido por el ataúd. Por eso él anda por el mundo buyendo de crueles sombras, de tenaces fantasmas. En este azaroso deambular ha encontrado su vida. Ha visto su vida. Es testigo de su existencia, así co-

Pinciano, y posiblemente entran en tal círculo, Lope de Vega, Cervantes; abónale, además, el hecho de que su vida se dilatase paralelamente a la de otros ingenios de la segunda mitad de la centuria dieciséis; muerte, obra legada, impresas o inéditas — asunto muy enrevesado a causa de la torpeza y descuido de escribanos en su misión recordatoria (3). Necesariamente entra la interrogación: ¿Hubo en Madrid, entre las problemáticas cifras de 1553 a 1616 otros Lobo Lasso de la Vega? Todo, pues, hállase aún confuso, escaso. El tiempo, la fortuna, una lectura detenida de la producción literaria de este interesante personaje, tal vez nos ilustre de lleno. Hoy, sin embargo, caracterízale una complejidad que nos desorienta y extravía. Descontando dificultades poco menos que insuperables; tratando de hacer deducciones equitativas, nos aproximamos a este breve compendio de su vida: Tuvo Lasso una cultura general y versátil, aceptable desde el punto de vista de profundidad, con reservas. Nos apoyamos en Cervantes cuyo *Prólogo a Don Quijote* alude a falsos conocimientos que comúnmente extraían los autores, de cartillas, manuales, enciclopedias y compendios de tal guisa. Lasso, como otros muchos ingenios de su época, sin gran erudición, se interesó en el mundo clásico y trató de insertarlo a menudo en sus obras, valiéndose probablemente de compilaciones y colecciones de dichos y sentencias que andaban a la sazón muy en boga. Fué Lobo militar, entitulándose con un si es no es de complacencia "contino de SS. MM."; experto en negocios de Estado en calidad de procurador y de Fiscal; cultivador de los estudios históricos; romancerista en los géneros pastoril, histórico, amatorio y burlesco (4), panegirista de mérito, según La Barrera (5). Estos elogios han sido colocados por Salvá entre las raras antologías a fuer de un copioso número de poesías de Espinel, Zapata, Ercilla, Lope de Vega, el Brocense, etc. (Salvá, *Catálogo de una Biblioteca*, t. 1. Valencia, 1872). Dióse Lasso a conocer como poeta y dramaturgo (6), y aunque sus trage-

mo es testigo de su muerte. Esto le obliga a buscar, a lo largo de sus torbellinosos días, su propia libertad. La búsqueda de esa libertad lo lleva a la desesperación.

Algunos de sus personajes son abatidos brutalmente porque rehusan someterse al destino. Este es el tremendo problema de gran parte de la humanidad, especialmente de la humanidad de hoy. Nos estamos olvidando de esta expresión griega: "El destino conduce a quien consiente y arrastra a quien rehusa". Hay algo superior a nuestra voluntad a lo cual es menester someternos si queremos ser dueños de nosotros mismos.

Creo que existe un estrecho parentesco entre vocación y destino. Darle la espalda a la propia vocación es rehusar el destino para ser arrastrados por éste hasta el caos y hasta una muerte que no es propia.

Enrique Labrador Ruiz se ha hecho un solitario para poder cumplir con su irrevocable vocación de escritor, vocación que le impone el duro deber de ser "testigo", no sólo de su existencia, sino del mundo, de la humanidad.

(De *Cultura Venezolana*, Caracas.)

Dr. E. García Carrillo Corazón y Vasos

CITAS EN EL TEL. 4328.

Electrocardiografía
Metabolismo Basal
Radioscopia

días nunca fueron llevadas a la escena, que tengamos noticias, "informábalas un fuerte espíritu de originalidad". Suyo, pues, distingo de prolífico; suya, parte de la poligráfica idiosincrasia, un como polifacetismo, versatilidad, tan genuinamente de nuestros hombres de letras.

Ideas generales, en concatenación esquemática, deben reseñarse. Nos referimos a la Epica, necesario expediente para situar a nuestro hombre y su obra en un círculo de más ámbito. En este ramo nuestros valores literarios han sido medidos muy arbitrariamente. Acorde se levanta la nota de acerba censura; particularízanos lo cuantitativo; respecto a la cualidad, poco o nada tenemos. Niégasenos una obra de carácter concluyente, diferencial. Toda observación, por bien intencionada que sea, clama contra nuestra inferioridad. Dícenlo autoridades de enjundia, e historias y manuales hacen eco. Con estas fiscalizaciones viene el desprecio, tras el desdén, aislamiento y olvido. Parcialmente, sí, logra salvarse tal que otra obra. Impónesele, sin embargo, severas restringencias, reparos, todo conforme al criterio de artífices de preceptos. Consecuencia: nuestra Epica ya no se lee; vive casi totalmente en artículos de bibliografía. En otros tiempos no faltaban ni poetas ni público aficionados al género. Hoy es distinto; mas, del arrinconamiento en que yace postergado, literatos, doctos y entendidos, se esfuerzan por sacarlo. Estos rastrean vericuetos en las construcciones mentales de tal o cual autor; asen puntos de relativa estabilidad; estudian comparativamente e interpretan su vida y ambiente; concréntanse a una obra con cariño. Así surgen nuevas orientaciones, luminosas, eficaces.

De mucho tiempo a esta parte, en aras de unos pocos ingenios de la antigüedad se sacrifica una gran porción de nuestros escritores. Por las pisadas de antaño se pretende encaminar a cuantos se significan dentro de los fastos de cualquier género literario. Rigor, por cierto injusto o merecido: depende. Argúyese que Homero, Virgilio o Ariosto, reflejaron un momento latente en sus respectivas historias. Si debe la musa épica recobrar su contenido, su forma, se difiere. En Religión, en Política, en Economía, etc., la renovación y el concepto filosófico han obrado cambios sorprendentes. Hoy, y ayer, la solidez de muchos cánones estéticos permanecen inalterables. Mantiénense éstos, severos, infranqueables, firmes en su continuismo determinista. Se presenta la medida, se da el patrón, el tipo ideal del arte sumo: cuanto no conforma y armoniza, carece de ingénita y desbordante trascendencia estética, espiritual. Arguéntase: se elevan estos cánones a una visión integral, definitiva de valores, mas, desde un punto de apoyo y perspectiva muy lejano. Este crisol, dictatorio en todas sus fases, asimila únicamente fragmentos, aspectos unilaterales.

Juicios rotundos, definitivos, respecto a